

## Prólogo a *El juglar del Cid*

Fernando García de Cortázar

Pocos han merecido el favor de la historia como Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid. Los guerreros de aquel mundo inestable de las taifas amenazadas por cristianos y almorávides se pierden en una confusión de polvo, sudor y hierro; sus rostros pasan como el agua, igual que los placeres y la vida en el poema de Jorge Manrique. De la inmensa mayoría apenas si conservamos el nombre. Del Cid, su odisea de viento, oro y sangre.

Como otros muchos capitanes de fortuna de su época, Rodrigo Díaz de Vivar fue un mercenario que sirvió igual a cristianos que a musulmanes hasta lograr amasar un enorme patrimonio y convertirse en señor de reinos y regiones. Después de su destierro, en medio de un mundo de violencias y de cortesanas, El Cid también descubrió que Dios y Alá eran las dos caras de una misma divinidad. Pero a diferencia de los otros soldados de frontera de su tiempo, al Cid no le atañe el sepulcro, sino la alta claridad de la leyenda. Su muerte en Valencia (1099), un islote cristiano en los dominios musulmanes, a trescientos kilómetros de la orilla más próxima del reino castellano, es la apoteosis que cierra una vida, la real, la del ser de carne y hueso, la histórica, y abre otra, la del héroe exaltado en la memoria anónima del pueblo, la del conquistador que se funde con los campos de Castilla, un paisaje que suscita apariciones de guerreros medievales del mismo modo que el desierto africano inventa espejismos de agua y de ciudades.

El responsable de esta transformación fue el poeta anónimo del Mío Cid. Lejana ya la época del personaje de sus versos – más de un siglo separa al héroe del cantor de sus hazañas –, en una lengua balbuceante, un romance aún sin bruñir, este misterioso poeta reconstruyó el rumor de las andanzas y combates de Rodrigo Díaz de Vivar para enseñar por plazas y mercados la forma más noble de fidelidad a los reyes. La voz de este poeta, si sabemos escucharla, no es tan sencilla como podría parecernos en un principio: es una voz parecida a la de Homero, pues también él recoge la materia de su poema de los labios del pueblo y la transforma según el gusto de su tiempo... es una voz similar a la de Virgilio, ya que sus versos también representan el espíritu de una

época y sirven para exaltar el poder de un rey, Alfonso VIII de Castilla, en vísperas de la batalla de las Navas de Tolosa (1212).

A comienzos del siglo pasado, Azorín no necesitaba grandes esfuerzos para dibujarse la figura de este poeta y el medio en que vivió y escribió sus versos. Azorín imaginaba un pueblecillo castellano, de callejuelas tortuosas, sencillas, y perdido entre los labriegos, a parte de todos, ignorado de todos, veía un hombre caminando hacia una iglesia, paseando por el campo, encerrándose en una casa largas horas para escribir un poema poblado de guerreros.

“No es pobre este personaje” piensa Azorín, “tiene unas tierras; vive con cierta holgura... En su casa tiene un ancho patio; y unos gallos diligentes y petulantes le avisan todos los días la hora en que va a romper el alba.”

Azorín pensaba en un poeta que escribe apaciblemente en una casa de un tranquilo pueblo castellano. El que puebla las páginas de este libro no puede ser más diferente, pues Pedro Manuel Vllora ha imaginado un cantor que acompaña al Cid en sus andanzas y anota las aventuras del guerrero castellano; un juglar medio hebreo, medio árabe, medio cristiano y medio actor que sabe todas las palabras y todos los relatos del mundo; un ser mítico que canta todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que será, y que, al seguir a Rodrigo Díaz de Vivar y popularizar sus hazañas, hace que aquello que fue una vez vuelva a ser, infinitamente. Si cerramos los ojos, podemos verlo siguiendo a los guerreros en sus briosos caballos, corriendo por los campos, teniendo fieros encuentros... Y aunque no todo es verdad en lo que relata este juglar, en su canto queda el pulso guerrero del Cid, el paso sonoro de los días que motivaron el poema, su figura ejemplar, sus armas eficaces, sus palabras como valiosas monedas, y esa decisión de vencer que conduce ,sereno, al guerrero contra los enemigos... allí donde habitan los héroes de leyenda.

Gracias a *El juglar del Cid* de Pedro Manuel Vllora sabemos mucho más de nuestro primer héroe literario-histórico nacional y, en consecuencia, de una España que alborea con el paso solemne de Castilla. La Historia ha venido a traer naciones y ¿qué quiere sino que convivan en mansedumbre? Ella nos ayudará a afrontar la realidad de España, tantas veces desconocida porque nos la han contado mal o porque no nos la han

contado. Ahora se ha acercado a ella con brillantez y originalidad Pedro Manuel VÍllora y por eso lo celebro con la voz de Cervantes cuando dice: “Una de las cosas que más debe dar contento a un hombre es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes impreso y en estampa .” Buen nombre tienes, Pedro Manuel, pero acaso gracias a tu juglar del Cid mucho mejor lo tengas en adelante.